

»Aun cuando muchos de los casos citados en la apelación habrían ocurrido poco después del levantamiento militar de septiembre pasado, otros son más recientes, según el documento. Entre ellos menciona a una madre de dos hijos, identificada como Amapola Lizette Ruiz, de 29 años, quien habría sido detenida el 17 de marzo último por cinco soldados en un barrio modesto de la capital. Agrega el documento que su hermana la ha estado buscando desde entonces sin éxito.

»Cita también el caso de Sergio Héctor Salinas Tamayo, de 48 años de edad, casado. Dice que fue arrestado en una fábrica hace tres semanas por cinco personas que se identificaron como agentes del Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Agrega que los esfuerzos de sus parientes para tratar de averiguar su paradero fueron infructuosos "a pesar de haber visitado sitios de detención, cárceles, estadios, morgue, hospital, etc"

»Otro caso mencionado es el de un empleado de servicio de energía eléctrica de Santiago, Luis Alberto Gerlach Zúñiga, de 23 años, de quien afirma que ha sido arrestado el 27 de febrero sin que se sepa nada de él».

Todo lo anterior no es más que un pálido reflejo de lo que comenzó a ocurrir desde el momento que los generales y almirantes en contacto con el Pentágono decidieron cometer un genocidio con un tercio de la población chilena para salvaguardar los intereses económicos de un puñado de oligopolios del dólar.

El asesinato de civiles indefensos, así, ha pasado a ser más que un castigo, un alivio para los centenares de miles de hombres, mujeres, ancianos e incluso niños brutalmente torturados cotidianamente por la maquinaria montada por el almirante Merino y los generales Leigh, Mendoza y Pinochet.

Las torturas

A principios del mes de noviembre de 1973, los pocos campesinos que transitaban por el Puente Las Tejuelas, a dos o tres kilómetros de Chillan, sobre el río Ñuble, se dieron cuenta que ya las aguas comenzaban a bajar por el cese de la época de las lluvias. Y junto con ese fenómeno visto tantas veces, otro, nuevo y horroroso: la aparición de decenas de cadáveres de personas sin cabeza, degolladas, con las manos atadas a la espalda. Muchos de los cadáveres estaban semipodridos; otros no tanto. Los campesinos fueron a avisar al puesto de Carabineros de la

salida de la ciudad; la respuesta fue ésta: «Ustedes no han visto nada. Si cuentan lo que vieron, los tomaremos presos y los degollaremos igual que esos cadáveres.»

Eran los restos de la operación «exterminio» en la provincia de Ñuble. Restos semejantes a los de cualquier otra provincia de Chile después del 11 de septiembre. Restos dejados por la bayoneta, ametralladora y aparatos de tortura de los militares chilenos.

Poco antes, en el puerto de Talcahuano, la Sociedad Pesquera Arauco tuvo que suspender varios días sus faenas porque en los peces llegados para su trabajo, se encontraban restos de seres humanos! Eran de los cadáveres que la marina chilena iba a lanzar mar adentro.

Una periodista, cuyo nombre no puedo citar porque correría peligro en Chile, me cuenta cómo, en el río Mapocho, que atraviesa Santiago, comenzaron a aparecer cadáveres de personas torturadas y luego fusiladas:

«Durante las primeras semanas de octubre me tocó pasar casi todos los días, muy temprano, por el puente Bulnes, que cruza el río Mapocho. La primera vez me negué a creer lo que vi. No podía ser cierto. Desde lejos pude ver que en las barandas del puente y en los bordes del río se agolpaba gran cantidad de gente. Estaban mirando los cadáveres. Cuatro cuerpos de hombres que semiflotaban. Todavía recuerdo que uno de ellos llevaba una camisa roja. Un poco más lejos, un quinto cadáver, que había sido arrastrado hasta la orilla. La escena se repetía todos los días. Y no sólo en ese puente, también los pude ver en el puente Pedro de Valdivia. Decenas de mujeres se apostaban todos los días en los puentes con la esperanza de ver pasar el cadáver de su esposo o hijo desaparecido. Un día, vi nueve cadáveres, todos con el torso desnudo y las manos atadas a la espalda. Los cuerpos perforados a balazos. Y junto a ellos, el cadáver de una niña, de aparentes quince o dieciséis años».

Los niños nunca fueron ajenos a la furia militar. El día 18 de septiembre, una patrulla militar fue a buscar a su domicilio a José Soto, artesano mueblista en hierro forjado, presidente de la Junta de Abastecimientos y Control de Precios en su barrio de Quinta Normal. Soto no estaba. La patrulla militar sólo encontró a su hijo de 14 años. Lo apresó. Y después lo fueron a botar a la puerta de la casa, fusilado. «Para que el hijo de puta no sea maricón y se entregue», les gritaron los militares a los vecinos. José Soto y su familia están ahora fuera de Chile, por eso se

puede contar lo que el anciano (de unos 60 años) le contó al autor de este libro.

Durante todo el mes de septiembre y parte de octubre, en las poblaciones de Santiago, alrededor de concentraciones industriales, los oficiales al mando de las tropas de ocupación dejaban cadáveres en las calles, para que sus parientes fueran a recogerlos y así apresarlos. Los cadáveres estaban habitualmente con las uñas arrancadas, las piernas quebradas o los testículos reventados. Varios aparecieron con los ojos quemados, al parecer con colillas de cigarrillos.

En enero de 1974, tropas de la Fuerza Aérea de Chile dejaron en una población del lado sur de Santiago a un joven de 17 años, perteneciente al MIR, al que habían apresado diez días antes. Su cuerpo, ya muerto, resumía la brutalidad de las torturas: parte del abdomen sometido a vivisección en vivo, las dos piernas quebradas, el brazo izquierdo quebrado, todo el cuerpo con huellas de quemaduras de cigarrillos, y castrado. El médico forense puso «muerte por anemia aguda».

Otra forma de tortura habitual practicada por los oficiales de los Servicios de Inteligencia Militar y de Carabineros era el apagar cigarrillos encendidos en el ano de la víctima; así como la aplicación de corriente eléctrica en los oídos, ano y testículos. Por su parte, los oficiales de Infantería de Marina parecían tener otra afición: siete miembros de la policía marítima de Valparaíso aparecieron muertos con las piernas quebradas y los testículos reventados a golpes.

Personas que estuvieron presas en el barco de transporte Lebu, en la rada de Valparaíso, en septiembre, le contaron al autor de este libro cómo la nave se constituyó en una cárcel para torturas. Por ejemplo, en la bodega número dos, había doscientos presos y, en un rincón, un tambor de petróleo partido por la mitad para los excrementos y orinas de esos presos. En un calabozo de madera había veinticinco presos, los cuales dormían en el suelo, y los infantes de marina, en la noche, cuando los presos habían logrado conciliar el sueño, se paseaban sobre ellos pisándolos. Salía el Lebu en la noche hasta alta mar y fusilaban en cubierta. Luego tiraban los cadáveres por la borda tras abrirles el pecho con bayoneta «para que no floten los conchas de su madre».

Pescadores de Horcones, Quinteros y otras caletas de la zona han encontrado, al recoger la pesca, cadáveres o restos humanos en sus redes.

Cuando en la madrugada del 11 de septiembre, siete mil soldados del Ejército, dos mil de la Fuerza Aérea y cuatro mil de Carabineros, bajo las órdenes del general de brigada Sergio Arellano Stark, se dejaron caer sobre la población obrera y trabajadora de Santiago para masacrarla y asesinar al Presidente constitucional del país, ya había preparados diecisiete campos de concentración y de tortura para entrar en acción de inmediato. Eran las instalaciones de la Fuerza Aérea en los Cerros de Chena (San Bernardo), el Estadio Chile, la galería 5 de la Cárcel de Santiago, un patio de la Penitenciaría de Santiago, la Base Aérea de Los Cerrillos, los subterráneos del Ministerio de Defensa, el recinto oriente de la Escuela Militar Bernardo O'Higgins, el Regimiento Buin, el Regimiento Blindados Número 2 (este recinto solamente para recibir a Salvador Allende cuando se «rindiera» y efectuar ahí la operación asesinato del presidente); la estación meteorológica de la Armada, en el parque de Quinta Normal; el Estadio Nacional, el Regimiento Tacna; la Escuela de Infantería; la base aérea El Bosque; la Escuela de Paracaidismo y Fuerzas Especiales, y el Estadio Nataniel.

En la mañana del 11 de septiembre, cuando todavía no se daba la orden de bombardear el Palacio de Gobierno donde estaba Salvador Allende, la preocupación del general Pinochet, jefe insurgente, desde su «cuartel general» en Peñalolén, era saber si esos diecisiete campos de tortura y concentración estaban ya en funcionamiento, y consultaba al puesto de comando del vicealmirante Patricio Carvajal sobre la materia, según esta grabación de sus transmisiones:

»Puesto cinco a puesto uno, cambio...

»Puesto cinco... Aquí puesto uno... Se necesita saber si están en funcionamiento los estadios Chile y Nataniel para los prisioneros... Queremos saber qué personal lo está guarneciendo. Si no están funcionado todavía, que para qué hora se espera que funcionen».

Allí, en esos campos de concentración y tortura, se fue dibujando toda una enciclopedia de la brutalidad de los seres humanos con uniforme de «soldados de la Patria». Desde los culatazos, los insultos, la quema de barbas con encendedores, los palmetazos en el oído o las simples patadas en los testículos hasta situaciones más refinadas.

Testimonio de Luciano Duque, obrero de imprenta de los Ferrocarriles del Estado, preso en el Estadio Nacional:

«...me enterraron la punta del fusil en la cicatriz de una operación de hernia que tenía al costado derecho. Pero a mí me pegaron poco. Vi a Alberto Corvalán, hijo de Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile. Lo vi en el Estadio Nacional. Lo tenían aislado y no dejaban hablar con él. Nosotros éramos como cuatrocientos detenidos y nos hicieron formar entre dos filas de soldados que nos encañonaban con sus armas, por delante y por detrás. Allí estaba Corvalán hijo, con una frazada en la cabeza. Esto pasaba en la parte exterior del velódromo. Seis milicos lo insultaban en forma soez, para provocarlo y hacerlo hablar, según me daba cuenta. Corvalán no largaba nada. Cuando lo soez de los insultos le exasperaba, él contestaba como hombre y entonces entre los seis milicos lo pateaban, lo golpeaban, lo culateaban sin miramiento alguno, con todo salvajismo y como contentos de hacerlo. Corvalán gritaba entonces que no le pegaran más. Esto se repitió una y otra vez y todos los detenidos estábamos desesperados porque no podíamos hacer nada y estaba claro que si gritábamos siquiera nos iban a ametrallar a todos. Al fin terminó el suplicio de Corvalán cuando se se movió más y quedó botado. Los milicos exigieron la ayuda de los propios detenidos de la fila para trasladarlo. No supe donde lo llevaron...».

Las mujeres

Los equipos de torturadores militares, graduados en la Escuela de las Américas en la Zona del Canal, han demostrado con las mujeres chilenas una especie de conocimiento general de la bestialidad humana que los coloca muy por encima de sus maestros norteamericanos, a juzgar por lo que sabemos.⁹

Una profesora universitaria, de la sede Oriente de Santiago de la Universidad de Chile, casada, dos hijos, que estuvo cuarenta días detenida en el Estadio Nacional, hace un *memorándum* para el autor de este libro, sobre el trato a «las prisioneras de guerra»:

«Se las obligaba a permanecer todo el día, boca abajo, con las manos sobre la nuca y las piernas abiertas... Había filas de prisioneras hincadas o paradas contra los muros, y al menor movimiento eran golpeadas, pateadas... Y en varios casos, lo vi, baleadas... En los camarines de seis por cinco metros había cien mujeres. Comida una sola vez al día (a las 16 o 17 horas). Había